

Discapacidad y trascendencia: la pedagogía terapéutica de Miguel Meler

*Ramona Valls Montserrat
Conrad Vilanou Torrano¹*

Universidad de Barcelona

Miguel Meler Muntané nació el día 2 de diciembre de 1921 en Barcelona, en el seno de una familia sencilla y cristiana integrada por cinco hermanos, entre los que destaca el pequeño Juan, nacido a comienzos del año 1936 y que estuvo aquejado desde su nacimiento de una parálisis cerebral. A pesar de esta minusvalía, este último hijo fue un motivo constante de alegría para sus padres y hermanos que compartieron así una profunda y sentida experiencia de sincero amor cristiano y, lo que no es menos importante, una verdadera lección práctica de Pedagogía Terapéutica. Fue durante los años de la Guerra Civil cuando vivió Miguel Meler una especie de iniciación múltiple que le había de llevar al sacerdocio y al magisterio, dos conceptos que –en su caso– se implican recíprocamente. Su vocación religiosa despertada gracias a la espiritualidad claretiana y al ambiente familiar, fue cultivada durante su adolescencia a través del movimiento de la *Federació de Joves Cristians de Catalunya* (FJCC), muchos de cuyos miembros fueron martirizados entre 1936 y 1939. Gracias a la comprensión y apoyo de sus padres, el mes de enero de 1941 ingresa en el Seminario Conciliar de Barcelona, concluyendo su bachillerato en teología durante el período 1943 y 1946 en la Universidad Pontificia de Salamanca. Antes de finalizar sus estudios, fue ordenado sacerdote el 16 de marzo de 1946, en la proximidad de la festividad de San José, patrón de la Hermandad de Sacerdotes Operarios, lo cual

1. Los autores agradecen al profesor Ángel C. Moreu de la Universidad de Barcelona sus comentarios y observaciones en la elaboración de la presente comunicación.

nos da una idea de su brillantez y aprovechamiento académico. Durante un período de quince años (1946-1961) la vida de Miquel Meler se vinculó a esta Hermandad de Sacerdotes Operarios, prestando sus servicios en los Seminarios de Murcia y Tarragona.

El Concilio Vaticano II

No hay duda que Miquel Meler fue –como buena parte de su generación– un hombre de cultura francófona que vivió ilusionadamente los aires renovadores del Concilio Vaticano II (1962-1965). Aquellos, eran los años del personalismo de Mounier, del existencialismo y, sobre todo, de la experiencia de la *Nouvelle theologie* (Chenu, Congar, de Lubac, etc.) que habían de influir sobre su personalidad desde el momento que esta nueva teología promovía, frente a los anteriores planteamientos deductivos, una vía más inductiva de base antropológica. Por otra parte, la Biblia se convertía en el alma –y no arsenal– de esta nueva reflexión que recupera el sentido histórico de la teología. Si durante siglos el cristianismo se había interesado de manera casi exclusiva por Dios, ahora la reflexión teológica se distinguía por la aceptación del hombre y de sus problemas porque el cristiano es un hombre en el mundo. Así se explica que el personalismo cristiano –frente a los otros discursos humanistas (científico, marxista y existencialista)– entrase en las sesiones conciliares, no tanto por su rigor intelectual, como por dar respuestas a los problemas –y la discapacidad lo era– candentes en aquel momento histórico que pedía soluciones urgentes y no disquisiciones doctrinales de altos vuelos especulativos. Igualmente, aquellos nuevos teólogos eran amigos de Teilhard de Chardin, pensador de cabecera de Miguel Meler, cuyas obras encontraron –no sin reticencias– importante eco en España.

De idéntica manera revistas como *Lumen vitae*, *Nouvelle Revue Théologique*, *Esprit* o *Présences* fueron un semillero de ideas y sugerencias para Miguel Meler que viajó en diversas ocasiones al extranjero. Mientras tanto, en 1948 se había creado en París, la Oficina Internacional Católica de la Infancia (BICE), generándose un importante movimiento a favor de la atención y formación religiosa de las personas discapacitadas. No en balde, el año 1963 se creaba *l'Office Chrétien des Persones Handicapées* (OCH), cuyos ecos también se dejaban sentir en España, organizándose diversas comisiones diocesanas de Educación Especial articuladas a través de un Secretariado a nivel estatal. En efecto, la Comisión Episcopal de Educación –precedente de la actual Conferencia Episcopal– creó en España el Secretariado de Educación Especial de la Iglesia, con la misión de promover cuanto se refiere a la actuación de la misma en orden a la educación de los niños deficientes, a su catequización y a su participación en la vida sacramental.

Conviene tener presente que la OCH fue fundada per Marie-Hélène Mathieu, con el apoyo del padre Henri Bissonnier (1911-1981), uno de los autores más prolíficos en el campo de la pedagogía pastoral destinada a la infancia anormal, e impulsor de la llamada “pedagogía de la resurrección”.² Tampoco podemos silenciar la notable influencia que recibió de José María Rovira Belloso de quien extrajo el concepto de grado o nivel. Bien mi-

2. Bissonnier, H. (1959). *Pédagogie de Résurrection. De la formation religieuse et de l'éducation chrétienne des "inadaptés"*. Introduction à une orthopédagogie catéchétique. Paris: Fleurus.

rado, la reflexión de Rovira Beloso debe situarse en el contexto de la recepción del Concilio, cuando se reflexionó en torno a la acogida de los deficientes mentales en el seno de la Iglesia, cuestión que, con el paso de los años, generó serios problemas pastorales. En último término lo que se discutía era si los deficientes mentales pueden recibir los sacramentos, a fin de participar vivamente de la vida cristiana. Para Rovira Beloso las cosas están claras: el deficiente es capaz de fe y su lugar en la Iglesia es el de un creyente cualificado.

En la visión de Teilhard de Chardin, el hombre es justamente aquel punto misterioso en el espacio y en el tiempo, donde se encuentra lo físico y lo biológico, de una parte, y por otra, lo espiritual y lo divino. El hombre, viniendo del mundo y yendo hacia Dios, constituye el punto nuclear de la antropología de Teilhard según la cual el ser humano se encuentra atado exteriormente al mundo de la materia y de la vida, pero por su estructura interior pertenece al mundo del espíritu. Las líneas evolutivas apuntan hacia un centro de convergencia definitivo que, por significar el término final de la evolución, es llamado por Teilhard de Chardin el Punto Omega, esto es, Dios como centro último de convergencia de la evolución. En realidad, la existencia del Punto Omega es para Teilhard la única hipótesis que garantiza la inteligibilidad y coherencia de un universo que camina hacia una perfección ascendente, la cual –en el caso de Miguel Meler– se traducirá en la tendencia hacia la plenitud.

Efectivamente, la cura del cuerpo y del alma, la atención completa del ser humano, en la doble vertiente terapéutica y sacerdotal, será el lema que seguirá Miguel Meler quien jamás lamentó que el trabajo pastoral, simultaneado con la docencia, constituyese un impedimento para alcanzar la excelencia académica. Nunca renunció a su condición sacerdotal que imprimió carácter y sentido a todas sus acciones, incluso universitarias, en un momento histórico en que a partir de 1968 el mensaje cristiano recibió más de un empuje desde modernas corrientes de pensamiento como el marxismo, el psicoanálisis y el estructuralismo que, al enfatizar la importancia de las estructuras económicas, psicológicas y sociales, anunciaban la muerte del sujeto en un ambiente intelectual que preludeaba la llegada de las corrientes postmodernas.

Pocas semanas después de ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona llegó a sus manos un prospecto del Instituto de Pedagogía Terapéutica que anunciaba el inicio de un curso de psicología de la educación. Fue entonces cuando entró en contacto, en el mes de octubre de 1961, con el doctor Jerónimo de Moragas, acontecimiento que comporta un giro copernicano en su vida. El encuentro con el doctor Moragas –de quien Meler ha dejado un magnífico retrato– no podía más que reportar efectos positivos, estableciéndose entre ambos una corriente de afecto que iría acrecentándose con el paso del tiempo ya que, a pesar de la diferencia de edad, coincidían en muchas cosas. En efecto, los dos –Moragas y Meler– eran cristianos convencidos que confiaban ilusionadamente en los trabajos del Concilio, a la vez que se preocupaban por las personas discapacitadas. En realidad, no acaba aquí la cosa porque también es perceptible la coincidencia en las lecturas y en los autores de referencia que ambos seguían, especialmente Teilhard de Chardin, Zubiri y Frankl. Más allá de estas similitudes, no se puede negar el benéfico magisterio que Meler recibió de parte del doctor Moragas, primero en las actividades cotidianas del Instituto de Pedagogía Terapéutica, y después en las clases de la universidad.

Tal como hemos adelantado, Miquel Meler siguió de manera esperanzada la renovación eclesial del Concilio que proclamó el derecho universal a la educación, a la vez que insistía en el carácter misionero de la Iglesia. La declaración sobre la educación cristiana del Concilio –conocida con el nombre de *Gravissimum educationis momentum* (28 de octubre de 1965)– señala que todo el mundo, sin distinción de raza, condición y edad, por el simple hecho de poseer la dignidad de persona, tiene derecho a la educación. El documento añade que los avances y progresos de la ciencia psicológica, pedagógica y didáctica habían de coadyuvar al despliegue armónico de las cualidades físicas, morales e intelectuales, resaltando naturalmente el papel educador de la familia y haciéndose eco de los institutos especializados y de la educación de los minusválidos. En efecto, este documento conciliar hacía mención expresa a las personas discapacitadas, que en la versión española se tradujo por “subnormales”, circunstancia que no agradó a Miguel Meler. Mientras el texto latino dice una cosa (“*magni quoque faciendae sunt illae quae ab hodiernis conditionibus peculiari ratione requiruntur, ut sunt scholae quae professionales et hendis necnon iis, qui ob naturae defectum peculiari cura indigent, destinata*”), la traducción que circuló en España es de otro tenor (“se han de tener asimismo muy en cuenta hoy día las requeridas especialmente por las condiciones actuales de vida, como son las escuelas profesionales, las técnicas, los institutos para la formación de adultos, para la asistencia social, para subnormales”).³ Meler consideró que las últimas palabras –en cursiva en el texto latino– pueden traducirse de la siguiente forma: “Instituciones destinadas a aquellos que tienen necesidad de un cuidado especial para un déficit de la naturaleza”.

Hacia una pedagogía especializada

Miguel Meler dirigió sus primeros trabajos –significativamente los de corte académico– hacia esta dirección, en un momento en que los estudios sobre la pastoral aplicada a los paralíticos cerebrales estaban por nacer. La bibliografía existente se refería, principalmente, a los deficientes mentales pero no a los paralíticos cerebrales, uno de los polos de atención de Miguel Meler habida cuenta la minusvalía de su hermano. Así, como tesis de licenciatura en Pedagogía, presentó un estudio sobre la formación moral y religiosa del paralítico cerebral en el que aglutinó sus preocupaciones pedagógicas y pastorales: *La formación moral y religiosa del paralítico cerebral y sus fundamentos. Ensayo de pastoral aplicada* (1966). En esta obra, exponía sus reflexiones y experiencias en torno al problema educativo de los paralíticos cerebrales a la luz de una concepción cristiana de la vida que busca y persigue la salvación, partiendo de la siguiente premisa: la religión puede y debe vivificarlo todo, y por consiguiente, también a las personas disminuidas. Motivado por su propia situación familiar y animado por la lectura del libro de Carlson *Yo nací así*, se decidió a trabajar a favor de su rehabilitación y educación.⁴

3. *Documentos del Vaticano II. Constituciones, decretos, declaraciones* (1985). Madrid: BAC, p. 607.

4. Carlson, E. R. (1943). *Yo nací así*. Buenos Aires: Editorial Médico Quirúrgica. (A pesar de su parálisis cerebral, Carlson llegó a ser médico del Instituto de Neurología de Nueva York y director de la escuela de corrección motriz de Easthampton).

Miquel Meler se acercó al paralítico cerebral desde la doble perspectiva antropológica del hombre que padece y que, a la vez, reza. Con facilidad se reconocerán en esta fórmula antropológica –que reúne el *homo patiens* con el *homo orans*– diversas influencias. De un lado, las referencias a la antropología patológica –es decir, aquella que se refiere al hombre que sufre y padece– son bien notorias. Detrás de este planteamiento detectamos el influjo de la filosofía personalista de Jean Lacroix que, bajo la órbita de Blondel, enfatiza la importancia de la acción ante el fracaso y la interpretación metaclínica del sentido del sufrimiento de Viktor Frankl, conocedor en sus propias carnes de las dolorosas experiencias de los campos de concentración nazis. Igualmente se detecta la presencia en su filosofía del pensamiento de Zubiri, que define al hombre como un ser abierto a la religación y, por tanto, a la trascendencia. Por consiguiente, Meler no participa de un intelectualismo radical sino que postula una filosofía de la acción, un pensamiento unitario que desea superar, desde una base humanista y personalista, el hiato entre teoría y práctica, entre reflexión y acción, en el horizonte de un hombre religioso que busca a Dios.

Como dirá Lacroix –director de la obra *Los hombres ante el fracaso*⁵ el ser humano no se libra de su vocación ni siquiera cuando la malogra: mientras se vive, nada está definitivamente perdido. Así, plantearse el problema del fracaso significa asumir la verdad correcta de la existencia humana, porque no se trata del fracaso como símbolo negativo y destructor, sino como realidad dinámica a partir de cuya tensión dialéctica el hombre se realiza a sí mismo y descubre su plenitud. De esta manera se explica la fortaleza del pedagogo terapeuta que sabe que en el menor de sus actos y acciones está contenida la posibilidad de optimización y transformación de cualquier vida, y por ende, la de las personas discapacitadas. Bien mirado, no acaban aquí las influencias, porque también se debe tener presente la dimensión terapéutica de la liturgia, aspecto asumido por Bernhard Häring, preocupado por conseguir una Iglesia más humana, sin olvidar tampoco el movimiento –sobre todo francés– de renovación catequética, que se sustenta sobre una pedagogía católica dirigida especialmente a las personas discapacitadas en general y a los deficientes mentales en particular. En última instancia, Miguel Meler articula para la atención religiosa del paralítico cerebral, y la integración eclesial del deficiente, una triple acción que recurre a la oración, expresión de la vida interior; a la liturgia y, por último, a los sacramentos.

Desde un punto de vista doctrinal, en el universo mental de Miguel Meler se detecta la presencia de un humanismo cristiano (Maritain, Guardini, Mounier, Lacroix, Domenach), de vocación inequívocamente personalista, canalizado a través de la revista *Esprit* –fundada el año 1932–, que dedicó, el mes de noviembre de 1965, un número monográfico a la infancia discapacitada que fue vertido al español.⁶ Tampoco hay que perder de vista que Emmanuel Mounier –el impulsor del movimiento personalista– había vivido en carne propia la problemática de la deficiencia, ya que su hija Françoise estaba afectada por una encefalitis meníngea. Ante esta situación, y lejos de desesperarse,

5. Lacroix, J. (1970). *Los hombres ante el fracaso*. Barcelona: Herder.

6. *L'Enfance Handicapée*. *Esprit*, 343, noviembre de 1965. (Este número monográfico se tradujo en 1967 bajo el título genérico de *La infancia subnormal*. Barcelona: Nova Terra).

Mounier –recordando aquellas palabras del *Sermón de la montaña* que consideran bienaventurados a los que sufren– adoptó una actitud positiva e, incluso, optimista, en una carta a Georges Izard donde anota la que fue una constatable regla de oro de su vida: *¡Gaudium in tribulatione!*, esto es, gozo en medio del dolor, expresión en que resuenan las palabras de la segunda carta de san Pablo a los corintios: “Mucha es la confianza que uso con vosotros; henchido estoy de consolación, estoy que reboso de gozo en medio de toda esta tribulación nuestra” (7, 4). Para Emmanuel Mounier, su hija Françoise no era más que la imagen viva de la fe, un signo que servirá de acicate para la catequesis especializada francesa.⁷

Tanto es así que el interés de Meler por los desfavorecidos se inscribe en los movimientos de renovación pastoral y asistencial surgidos en el ambiente preconiliar del Vaticano II y que se refleja en publicaciones como *Présences*, revista trimestral del *Monde des malades* que dirigía Jean-Marie Robert desde el Prieuré Saint-Jean à Champrosay (Seine-Oise). Esta publicación hacía más de 20 años que se publicaba y lamentablemente su circulación en España fue muy escasa, lo cual confirma la importancia del viaje de estudios que en los años sesenta Miguel Meler hizo a Francia, reportándole todo ello un positivo descubrimiento. De la lectura de *Présences*, que incluía reseñas e informaciones sobre los progresos médicos, obtiene importantes reflexiones sobre el tema del dolor. Ahora bien, Miguel Meler es consciente de que, a pesar del enorme arsenal informativo existente sobre el tema, conviene tener muy presente el libro de Job, que en un lenguaje existencial y dramático –que no desmerece respecto a la literatura científica– retrata toda la gama de sentimientos y apreciaciones sobre el dolor, expresados por el que lo sufre y por aquellos que, pertenecientes a su entorno más o menos inmediato, intentan aportarle un consuelo o una explicación.

Igualmente parece claro que el pensamiento de hombres de la Iglesia Católica como el padre Henri Bissonnier –profesor en el Instituto Superior de Pastoral Catequética de París, además de capellán del *Secrétariat Catholique de l'Enfance et de la Jeunesse Inadaptée* (SCEJI) y Secretario General de la Comisión Médico-Pedagógica y Psico-social del BICE–, o el padre Michel Saudreau, director del Centro nacional de Enseñanza Religiosa de Francia, dejaron su impronta en Miguel Meler, que fue uno de los pioneros en España al vincular religión y rehabilitación en un proyecto global e integral de la persona discapacitada –*handicapée, arriérée, o inadaptée*, en la literatura francesa de la época– que también contemplaba el cuidado de la dimensión religiosa. Huelga decir que esta literatura pedagógica a favor de la catequesis del discapacitado –de origen francés, principalmente– llegó a la península por la vía de las traducciones. En esta dirección hay que destacar el papel desempeñado por las editoriales catalanas Estela y Nova Terra –ambas fundadas en 1958, y proclives al personalismo– y la madrileña Marova, todas ellas comprometidas con el aire renovador que emanaba del Concilio, en un ambiente intelectual atento y receptivo al pensamiento de Teilhard de Chardin.

De acuerdo con estos antecedentes, resulta lógico que Miguel Meler fuese reclamado para participar en el Primer Simposium Mediterráneo sobre la Parálisis Cerebral, que

7. Díaz, C. (1978). *Mounier y la identidad cristiana*. Salamanca: Sígueme.

se reunió en Roma el año 1965, bajo la organización de la *World Commission on Cerebral Paralysis*, es decir, de la Comisión de las Sociedades Internacionales de Parálisis Cerebral establecida el año 1954 por la International Society for Rehabilitation of the Disabled. A instancias del Dr. Brewster S. Miller, Meler presentó una ponencia sobre el lugar de la religión en los servicios de ayuda a la parálisis cerebral, trabajo que redactó en lengua francesa y del que contamos con una versión española. La tesis que se desprende de este trabajo –cuya parte experimental había desarrollado en el Centro Piloto para la Rehabilitación de la Parálisis Cerebral– es que la práctica religiosa constituye una forma inapreciable de terapia y rehabilitación del parálítico cerebral, partiendo del supuesto que una acción rehabilitadora total ha de contar con la fe religiosa del sujeto que se trata de rehabilitar.⁸

Con anterioridad, había asistido en calidad de experto a la reunión de la Comisión Médico-Pedagógica y Psico-social de la Oficina Internacional Católica de la Infancia (BICE), congregada también en la capital italiana a fines de enero de aquel mismo año, para el estudio de los problemas de la integración social, profesional y eclesial de las personas discapacitadas mentalmente. Bajo la influencia de este ideario comprometido con el papel de la misión de la Iglesia en el mundo, Meler participó en los trabajos de la comisión diocesana de Barcelona sobre la Educación Especial que aclimató entre nosotros todo este movimiento que gozaba de gran predicamento en tierras francesas y que, a su vez, había influido en España. En este contexto, el 15 de abril de 1968 el Obispado de Barcelona publicó una pastoral a favor de los subnormales –término que entonces era preferido a otras expresiones anteriores (por ejemplo, oligofrénicos o anormales)– como miembros de la sociedad e hijos de la Iglesia.⁹ De hecho, dos meses antes, el obispo barcelonés había dedicado una exhortación pastoral a los enfermos mentales, a la que siguió la dedicada a los subnormales, es decir, a los insuficientes mentales u oligofrénicos.

Conviene insistir en la cuestión de nomenclatura, que no constituye un tema baladí y que durante años generó vivas controversias y debates que se prolongaron hasta la década de los años ochenta. No en balde, en el transcurso de la reunión celebrada en Winnipeg (Canadá) por un grupo de expertos bajo los auspicios de la ONU en 1980, se decidió erradicar la expresión “subnormal”, que finalmente fue reemplazada por otros términos: deficiente, inválido, discapacitado, disminuido, minusválido, etc. A modo de apostilla, añadimos que Miguel Meler utilizaba expresiones como “distinto” o “diferente” para referirse a las personas con minusvalías.

La Pedagogía Terapéutica es un humanismo trascendente

Es sabido que la Pedagogía Terapéutica posee una larga historia que se remonta al siglo XIX, teniendo que luchar a lo largo de estos años con todo tipo de resistencias: escepticismo e indiferencia generalizada, dejadez de los poderes públicos, precarias dotaciones

8. Meler, M. (1969) El lugar de la religión en los servicios de ayuda a la parálisis cerebral. *Servicio Informativo. Secretariado de Educación Especial. Comisión Episcopal de Enseñanza*, 10, 4-16.

9. (1968) Los subnormales, miembros de la Sociedad e hijos de la Iglesia. *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, 4, 207-219.

presupuestarias, prejuicios sociales, etc. En realidad, hubo que esperar al primer tercio del siglo XX para que encontrase su correspondiente reconocimiento social. De un lado, la extensión casi universal de la escolarización sacó a la luz la problemática de la infancia discapacitada que mereció la atención de algunos médicos-pedagogos como María Montessori y Ovidio Decroly que se acercaban al mundo de los disminuidos para obtener informaciones –al presentar unos procesos de aprendizaje más lentos– que después podían aplicarse al resto de la infancia. Por otro lado, la irrupción de las corrientes freudianas abrió una nueva etapa, favoreciendo la génesis de una pedagogía especializada que iba tomando cuerpo y que planteaba la alternativa entre el aislamiento y la escolarización. En otro orden de cosas, la asunción filosófica del problema del mal invitaba a una profunda reflexión desde el momento que la infancia discapacitada constituye una especie de escándalo que cuestiona no sólo el orden natural sino también sobrenatural, lo cual obligó a dar a la Iglesia respuestas significativas.

La concepción terapéutica de Miguel Meler se presenta como un intento de búsqueda de unidad y sentido. Ciertamente, Miguel Meler fue consciente de que en una época tecnológica –que tantas críticas negativas ha generado– no podía faltar la reflexión y la consideración humanística. Además, intentó zafarse de las presiones ambientales que dominaban el panorama intelectual del momento, ya se tratase de la filosofía marxista, el sueño freudiano o el pragmatismo conductista. Para ello recurrió a la fuerza del Evangelio que postula, con la necesaria gradualidad y para todos los hombres, una vida en plenitud, partiendo del principio que la Pedagogía Terapéutica es la ciencia y arte de la educación de sujetos cuyas características hacen necesario un tratamiento especial. Ahora bien, y a pesar de que existan limitaciones respecto a las capacidades sensoriales, mentales y motrices, hay que tender a vivir la vida plenamente, teniendo muy presente la dimensión afectiva. Más que las disminuciones, lo que verdaderamente interesa son las potencialidades que el ser humano, a pesar de sus limitaciones físicas y psíquicas, atesora y puede desarrollar positivamente. Así pues, al educador especializado le interesan más los inventarios de posibilidades que no los cuadros de discapacidades, desdeñando el recurso a la recriminación como estrategia pedagógica.

A la luz de esta perspectiva, la Pedagogía Terapéutica consiste en una “sistematización pedagógica interdisciplinar, con gran apoyatura médica, que tiene por objeto el perfeccionamiento del sujeto discapacitado, dentro de las limitaciones señaladas por la defectología, mediante una acción rehabilitadora global y personalista, que le predispone para el pasaje o retorno a la humanidad receptiva de valores, responsable e independiente”.¹⁰ Naturalmente que de las diferentes notas que configuran esta definición, nos interesa resaltar la predisposición para el pasaje o retorno a la humanidad, aspecto que constituye el nervio de su sentido humanista. Por consiguiente, la Pedagogía Terapéutica ha atendido a lo largo de su historia desde los niños “ferales”, o asimilados, para su “paso” a la humanidad; y a quienes, desviados a causa de una patología o sociopatología, pueden y deben ser “retornados” a la humanidad. En este sentido, Meler atribuye calidad de retorno o pasaje a quienes pueden manifestar su capacidad para la captación, receptividad y realización de valores, acep-

10. Meler, M. (1982). *Pedagogía Terapéutica-I*. Barcelona: PPU, p. 71.

tación de responsabilidad, y un cierto nivel de independencia. En consecuencia, para Miguel Meler la Pedagogía Terapéutica es un humanismo que tiende a la máxima plenitud de la persona en el hombre, de modo que la tecnología ha de supeditarse a esta dimensión inequívocamente humanista –de un humanismo abierto a la trascendencia– que ha de regir el proceso educativo.

De manera expresa, Meler insiste en el sentido humanista de la Pedagogía Terapéutica hasta el punto de enfrentarse abiertamente a las opciones que aconsejan soluciones terminales como “hacer morir” o “dejar morir” a la infancia discapacitada, como sucedía en Esparta. Igualmente, combatiendo el escepticismo y la indiferencia, se distancia de la perplejidad ante un hipotético no saber qué hacer. Siempre hay, según Miguel Meler, motivo para la esperanza y, por tanto, razones y justificaciones para un trabajo ilusionado. Es obvio que su humanismo personalista va más allá de la pura inmanencia, alumbrando un horizonte trascendente que supera los estrictos límites de un mundo material y empírico. En última instancia, su vocación humanista se enraíza en una concepción cristiana según la cual la vida de la persona no se agota en este mundo sino que exige un más allá, que reclama un reino del espíritu al que están llamados todos los hombres –y por consiguiente, también los deficientes y discapacitados– por ser hijos de Dios.

Dimensión escatológica de la Pedagogía Terapéutica

Miguel Meler fue un hombre de paz y de diálogo, que le gustaba más escuchar que hablar. Su tenue tono de voz, empero, no indicaba falta de decisión, ni fortaleza de carácter. Si rehusó la disputa y controversia no fue por falta de convicciones sino por prudencia y sentido común. Nunca defendió con vehemencia su pensamiento, ni sus posiciones, fuesen de la índole que fuesen, pero supo luchar con decisión por sus ideales y convicciones. Todos los que le trataron coinciden en destacar su extrema elegancia y discreción, que nunca fue signo de debilidad sino expresión de cortesía y humildad. En esta dirección, siempre optó por una vía amorosa que ya había puesto en práctica en su trabajo con personas disminuidas, las cuales, como miembros de la humanidad, desarrollan de una manera extraordinaria la dimensión afectiva. De hecho, era consciente de que muchas familias habían encontrado una fuente inagotable de ternura y estima en estos seres con graves lesiones que, en otros momentos históricos, hubieran sido simplemente eliminados impunemente. Él mismo aprendió muchas cosas gracias al trato con estas personas discapacitadas que le hicieron comprender hasta qué punto valoran la estimación, sobre todo aquellos que por la severidad de su disminución no pueden expresar fácilmente sus sentimientos.

En realidad, lo que Miguel Meler perseguía era la unidad de todos para hacer posible el mensaje del Evangelio que postula una vida en plenitud, sobre la base del amor y no del dominio, de un amor que –en su caso– también se inspira en la filosofía de Teilhard de Chardin y su visión cósmica. Recordemos que la evolución desde la perspectiva de Teilhard se dirige a un universo convergente, según la ley de complejidad-conciencia, ofreciendo diversas fases o etapas en un proceso que evoluciona hacia una mayor conciencia y complejidad: previda, biogénesis (vida biológica), noogénesis (vida reflexiva) y sobrevida o vida amorosa. Aunque el hombre se encuentra atado exteriormente al mundo de la materia y de la vida, por su estructura interior pertenece al mundo del espíritu. Por consi-

guiente, la Noosfera —aquella zona de la vida pensante y consciente propia del hombre— completa, superándola y justificándola, la Biosfera, esto es, la zona de la vida no consciente, anterior e inferior a la vida consciente. Ahora bien, la ley de complejidad-conciencia exige que el mundo, una vez alcanzado el nivel de la reflexión de la Nooesfera, progrese necesariamente hacia una comunión amorosa. En efecto, del núcleo noosférico, ve emanar Teilhard una corriente de simpatía que transformará con su fuerza y energía todo el universo, en un mundo abierto al poder del amor e inflamado con su calor. Así pues, la Noosfera apunta hacia una unión de personas en una visión única de todos, gracias a la co-reflexión llevada a su último grado en la interpenetración, cuando cada centro personal se una y funda gracias al amor en una humanidad colectivamente hermanada.

Bien mirado, el amor es la energía decisiva, la forma espiritualizada que anima la evolución desde el principio. “El amor es la más universal, formidable y misteriosa de las energías cósmicas”, dirá Teilhard de Chardin.¹¹ Tanto es así que amar es descubrir y completarse a uno mismo en alguien distinto de nosotros: amando a un semejante, descubrimos su punto más íntimo en nosotros mismos y en el otro, el punto más vital de nuestra afinidad. Cuando amamos de verdad a una persona con una relación centro a centro, amamos de algún modo a toda la humanidad y al cosmos entero, de modo que la visión de una humanidad totalizada tendrá que ser por encima de todo una ciencia del amor. En consecuencia, una ciencia que pretenda dar razón de todo el “fenómeno humano” dentro del universo en evolución exige el reconocimiento e integración del espíritu —de la energía espiritual— basada en el reino del amor.

Así surge la esfera del amor, la Agaposfera que, a modo de amor universal, supera la Noosfera y sintetiza el único punto en el que el ser humano puede realizarse con auténtica plenitud desde el momento que Dios, al crear, da a las criaturas las condiciones de posibilidad para su propio desarrollo, al margen y con independencia de deficiencias y limitaciones. “Sólo el amor —escribe Teilhard en *El fenómeno humano*—, por la misma razón de ser el único que debe tomar y reunir a todos los seres por el fondo de sí mismos, es capaz de dar plenitud a los seres, como tales al unirlos”.¹² Por tanto, Meler insiste en la fuerza del ágape como singularidad cristiana, término que aparece diversas veces en el Nuevo Testamento para señalar justamente el amor oblativo, el amor descendente que proviene de Dios y que busca el bien para los otros. En consecuencia, la humanidad será capaz de superar su etapa materialista y positivista para fundirse, sin perderse, en una unidad futura aún imprevisible donde señoree el reino del amor, esto es, del amor de Dios, prenda de nuestra esperanza: “Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos fue dado” (*Rom. 5, 5*).

No hay duda que Miguel Meler apuesta a favor de una pedagogía de la resurrección que encuentra su imagen y referente en la resurrección de Cristo que es la pauta y razón de ser de toda novedad y, por tanto, del anhelo esperanzador de un mundo nuevo. Como Mesías, Señor, Primogénito de la creación, como su centro y razón de su ser, Jesús no es sólo el cumplimiento de todos los tiempos anteriores a él y anunciados en el An-

11. Teilhard de Chardin, P. (1963). *La energía humana*. Madrid: Taurus, p. 35.

12. Teilhard de Chardin, P. (1965). *El fenómeno humano*. Madrid: Taurus, p. 318.

tigo Testamento, sino también el punto de partida y el germen del tiempo nuevo que se abre después de la resurrección y que no será sino el futuro de ella. A fin de cuentas, toda la “pedagogía divina” –desde Abraham hasta nuestros días, pasando por el testimonio de los apóstoles– no es nada más que una pedagogía curativa o de salvación, en la que la piedra angular es la resurrección de Cristo. Frente a la enfermedad y a la discapacidad corporal del ser humano –creado a imagen de Dios– Cristo significa la “resurrección y la vida” porque quien vive y cree en él, “no morirá para siempre” (*J.* 11, 25-26). Y si la Iglesia celebra el triunfo de Cristo resucitado, el educador terapeuta que atiende al discapacitado o al marginado ha de tener en cuenta que los enfermos, discapacitados e inadaptables ocupan un lugar preferente en el plan de Dios que es fuente de vida, salud y curación. Y ello más todavía si se considera que en nombre del Padre, Cristo cura y resucita, porque “como en Adán mueren todos, así también en Cristo serán todos vivificados” (*1 Cor.* 15, 23). Nos encontramos, pues, ante una pedagogía de la resurrección, una pedagogía de la esperanza, que anuncia el fin de todo sufrimiento, y que proclama la victoria de la vida sobre el poder del mal, esto es, el triunfo del amor de Dios. No en balde, el profeta Isaías ya había anunciado que los ciegos verán, los cojos caminarán y los sordos oyerán: “Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y se destaparán los oídos de los sordos; entonces el tullido saltará como un ciervo y la lengua de los mudos gritará de júbilo” (*Is.* 35, 5-6). A partir de este momento se dará cumplimiento a la promesa de “un nuevo cielo y una nueva tierra” (*Ap.* 21, 1), en una nueva versión de lo que sucedió en la resurrección con la esperanza depositada en esa ciudad celeste donde señoree la plenitud divina. Por ello los discapacitados brillarán en la Jerusalén celestial –donde “la muerte no existirá ya más, ni habrá ya más duelo, ni grito, ni trabajo” (*Ap.* 21, 4)– con la posesión plena de su ser, libres ya de toda clase de limitaciones como se refleja en la primera carta de san Pablo a los corintios:

“Así será también la resurrección de los muertos. Siémbrese en corrupción, surge en incorruptibilidad; siémbrese en vileza, surge en gloria; siémbrese en debilidad, surge en vigor; siémbrese cuerpo animal, surge cuerpo espiritual. Si hay cuerpo animal, lo hay también espiritual” (*1 Cor.* 15, 43-44).

También Miguel Meler vivió y murió en la confianza del misterio pascual, el misterio de Cristo encarnado, muerto y resucitado. Para Miguel Meler la educación no fue nada más que una práctica personalizada, humanista y cristiana orientada a la plenitud humana; una plenitud que se basa en la fuerza del Evangelio y en la esperanza pascual de la resurrección. En fin, de una esperanza que ve el triduo pascual –viernes santo, sábado santo y domingo de Pascua– como una unidad, en la cual la única celebración de la Eucaristía es la propia de la Vigilia Pascual centrada en la Resurrección, noche en la que precisamente Miguel Meler entregó confiadamente su alma en manos del Señor.

Nos hemos referido más arriba a la influencia que Teilhard de Chardin ejerció sobre Miguel Meler. Es conocida la anécdota que un año antes de su muerte, Teilhard fue interrogado sobre qué deseaba más de este mundo. La respuesta es sabida: morir el día de Pascua, tal como así sucedió el 10 de abril de 1955. Cincuenta años más tarde, el año 2005, también Miguel Meler vivió esta experiencia, porque la noche de Pascua de 2005 –en concreto el sábado 26 de marzo, una vez finalizada la vigilia pascual que seguía por el segundo canal de Televisión Española, retransmitida desde la catedral de Burgos– Dios lo llamó a su seno en la confianza de la resurrección.